

Monseñor Romero, los profetas de Israel y los ídolos: la religión, las potencias extranjeras, las armas, el poder*

**Rafael de Sivatte,
Centro de Reflexión Teológica,
San Salvador.**

Introducción

En este artículo queremos analizar el desenmascaramiento, la denuncia y la crítica de los ídolos que llevó a cabo Mons. Romero, siguiendo la línea de los profetas de Israel. Esa idolatría sigue aún viva en nuestro tiempo y, por ello, también hoy debe ser desenmascarada, denunciada y criticada. En concreto, vamos a analizar la idolatría de la religión, de las potencias extranjeras, de las armas y del poder político, dejando para un próximo artículo la idolatría de la riqueza. En el análisis, vamos a presentar de manera ordenada y sistematizada textos fundamentales de Monseñor Romero, tomados de sus homilías, y textos de los profetas de Israel.

Recordemos que en este artículo nos concentramos sólo en el aspecto profético de Monseñor Romero, dejando de lado otras dimensiones de su persona, vida y obra, que hacen de él uno de los personajes más completos de la reciente historia de la Iglesia, en América Latina.

1. La crítica al fenómeno de la idolatría en cuanto tal

Quizá la palabra "idolatría" no parece ser la más apropiada para referirnos al pueblo de Israel y al de El Salvador del tiempo de Monseñor Romero y de

* El presente artículo es la reelaboración de una conferencia pronunciada el 19 de marzo de 1997, en el marco de la celebración del XVII Aniversario de Monseñor Romero.

ahora, pues el lenguaje de "ídolos" puede sugerir la existencia y adoración de imágenes materiales de dioses falsos, lo que no sería un problema ni en tiempo de los profetas ni en el nuestro. Sin embargo, tanto entonces como ahora hay necesidad de desenmascarar, denunciar y criticar la idolatría como realidad que tiene sus concreciones, pero que tiene una estructura fundamental. Veámoslo.

a) Los profetas

En los textos proféticos de Israel encontramos una denuncia de la idolatría explícita, la cual, según la fe de Israel, no consiste sólo en dar culto a unas imágenes de piedra o madera, sino que dicha adoración lleva consigo grandes consecuencias para la existencia de cada día. La negación profética de tales ídolos, por tanto, y la llamada a adorar al único Dios, hecha sobre todo a partir del exilio en Babilonia, conlleva consecuencias existenciales y prácticas.

El profeta Jeremías, ya cerca del tiempo del exilio, pone en boca de Dios esta denuncia contra el fenómeno de la idolatría en cuanto tal, que, más allá de sus concreciones, consiste en cambiar al Dios, cuya gloria se manifiesta en la historia, por dioses que de nada sirven, en abandonar al Dios que da vida por dioses que no pueden darla.

Mi pueblo cambia su Dios glorioso por algo que no sirve... Me han abandonado a mí que soy manantial de aguas vivas, y se han cavado pozos, pozos agrietados que no retendrán el agua (Jer 2, 10-13).

Más adelante contrapone a los dioses que son *nada* al Dios verdadero, el *viviente*, el único que influye realmente en la vida y la historia:

No teman las señales del cielo que asustan a los paganos. Porque el terror de los pueblos es pura nada... Pero Yahveh es el verdadero Dios, el Dios viviente, el rey eterno. Cuando se enoja, tiembla la tierra, y las naciones no pueden aguantar su cólera (Jer 10, 1-10).

Quizás en uno de los textos más claros sobre el tema, ya en el exilio, el Segundo Isaías afirma con toda su fuerza la verdad de Dios, su capacidad real para salvar, frente al engaño y a la mentira de los dioses, los cuales no tienen posibilidad alguna para hacerlo.

Así habla Yahveh: "Yo soy el primero y el último; no hay otro dios fuera de mí. ¿Quién es igual a mí? ... Que presente las pruebas delante de mí. ¿Quién anunció lo que debía pasar?... ¡Ustedes son testigos de que no hay otro dios fuera de mí! ¡Y no existe, tampoco, otra roca que yo sepa! Todos los que se dedican a tallar estatuas de dioses no son nada, y sus obras preferidas no sirven para nada... De ahí que los partidarios de esos dioses... no saben ni entienden... No reflexionan ni son capaces de pensar o de entender y decirse: '¡Y me voy a agachar ante un trozo de madera!'. Esos hombres... tienen el

corazón engañado... No serán capaces de salvar su vida ni de preguntarse: 'Esto que tengo en mis manos, ¿no serán puras mentiras?'" (Is 44, 6-20).

b) Monseñor Romero

También Monseñor Romero analizó la idolatría, como fenómeno en sí mismo, que conlleva el alejamiento del verdadero Dios. Nos recordó con fuerza cuál es el auténtico Dios, el que se relaciona con la vida y con la historia, y a quien hay que encontrar en esa historia.

¡No, hermanos! No es ilusión. Dios viene, y sus cambios son bien cercanos a nosotros. Dios salva en la historia, en la vida de cada hombre que es su propia historia. Allí sale Dios al encuentro... Allí están los caminos de Dios, son los caminos de la historia, son los caminos concretos de nuestra vida nacional, familiar, privada (7 de diciembre de 1987).

Esta historia necesita una teología. Es la teología de la historia que hasta en los hechos triviales y concretos... encuentra algo de Dios. Dios habla desde la historia. Dios reclama desde lo bueno y bello que hay dentro de las personas, como también reclama ante lo feo y malo que hay en las sociedades y hay en las personas... Dios nos invita a confiar en que él es capaz de hacer cosas buenas. Nos dice que Dios no se repite; ¡es maravilloso esto!, saber qué cosa nueva tiene Dios para nuestra historia de El Salvador (18 de febrero de 1979).

E insistía en la importancia que tiene para conocer a fondo nuestra realidad humana el encuentro con Dios en la vida, haciendo ver cómo el origen de muchas adoraciones de dioses falsos está en no haber querido buscar y encontrar a Dios en la propia historia:

Ningún hombre se conoce mientras no se haya encontrado con Dios. Por eso... tenemos tantos adoradores de los falsos dioses. No se han encontrado con el verdadero Dios y por eso no han encontrado su verdadera grandeza... ¡Quién me diera... que cada uno de nosotros fuéramos a encontrarnos con Dios y que viviéramos la alegría de su majestad y de nuestra pequeñez! (10 de enero de 1989).

En estos tres textos, Monseñor Romero nos recuerda que al Dios auténtico se le encuentra en la historia; en la vida nacional, familiar y privada; en lo bueno y bello que hay en cada persona; en el reclamo por lo malo que se da en la historia.

Los profetas y Monseñor nos recuerdan, por tanto, que el verdadero Dios es el que cumple su compromiso de estar en la historia de liberación con la humanidad. Otros modos de actuar no son los del verdadero Dios.

2. Las concreciones de la idolatría

Esta idolatría, como actitud fundamental de vida, desenmascarada y denunciada, se expresa y concreta en la vida cotidiana. Se trata de la adoración de falsos dioses, que toman formas históricas y materiales, como la del "dios dinero, el dios poder, el dios orgullo, el dios placer", como Monseñor llamaba a esas diversas formas de falsos dioses en su homilía del 10 de febrero de 1980.

A continuación vamos a analizar algunos ídolos concretos, que fueron fuertemente desenmascarados, denunciados y criticados por los profetas de Israel y por Monseñor Romero, y que siguen existiendo y son adorados hasta el día de hoy.

2.1. La idolatría de la religión

El primer ídolo o falso dios es el de la religión, es decir, la relación con Dios, entendida como seguridad ante Dios, como el tener derechos sobre Dios y como privilegio.

a) Los profetas

Los profetas de Israel fueron muy sensibles hacia el uso y la manipulación de la religión que tomaba diferentes formas: una falsa idea de la *elección* ("ya que Dios nos ha elegido tenemos derecho a ser favorecidos y El tiene obligación de favorecernos"), de la *guerra santa* ("Dios nos es favorable en las propias guerras"), del *templo y el culto* (son caminos infalibles de salvación), de la *fortaleza de Sión* (es el lugar santo de la ciudad santa, donde Dios está presente, entendida esta presencia como algo mágico: por estar ahí, Dios está obligado a defenderlos; nada por tanto les puede pasar ni a la ciudad misma ni a quienes viven en ella), de la posesión del *nombre de Dios* (cuando se pronuncia su nombre, Dios está obligado a actuar en favor del que lo pronuncia). He aquí lo que dicen algunos profetas sobre la religión convertida en ídolo.

Sobre la elección. En un texto de Amós parece que Dios recoge una frase que muchos israelitas repetían en el sentido de que Dios se les había dado a conocer de un modo especialísimo y los había elegido entre todas las naciones, idolatrizando así la elección divina. La conclusión de Amós es que si esto fuera verdad Dios también tendría mayor derecho a pedir cuentas a quienes no han sabido responder (véase Am 3, 2). Pero lo fundamental es que Amós no está de acuerdo con el presupuesto de una elección de Israel, entendida como privilegio, y lo desmitifica totalmente:

Hijos de Israel, ¿no son ustedes para mí iguales que los etíopes?, dice el Señor. ¿No hice subir a Israel del país de Egipto, como a los filisteos de Caftor y a los arameos de Quis? (Am 9, 7).

Sobre la guerra santa. Otro de los ídolos religiosos era la guerra santa. Los gobernantes motivaban a la guerra contra otras naciones diciendo que Yahveh estaba peleando en favor de Israel. Amós hace ver la vacuidad de tal afirmación y habla de que *nada* consiguen con sus conquistas y de que el día de Yahveh será de tinieblas y no de luz, como ellos esperaban. Así aparece en los textos siguientes:

¡Ay de aquellos que suspiran por el día en que vendrá Yahveh! ¿Cómo será ese día para ustedes? Será un día de tinieblas, no de luz... Será como un hombre que huye del león y se topa con un oso, o como el que al entrar en la casa apoya su mano en la pared y lo muerde una culebra (Am 5, 18-20)... Ustedes se ufanan por Lo-Dabar (que en hebreo significa *nada*) y andan diciendo que son imbatibles (Am 6, 14).

En la misma dirección debe interpretarse un texto del profeta campesino Miqueas, en que se denuncia el uso de la amistad con Yahveh como fuente de falsa seguridad: "Todos dicen que son amigos de Yahveh. Por eso exclaman: Si el Señor está con nosotros, ¿qué desgracia nos puede pasar?" (Miq 3, 12).

Sobre el culto y el santuario. Fue permanente en Israel y en Judá la tentación de presentar en su favor y en defensa de sus actos el culto y la posesión del santuario.

Sobre el *culto* son muy significativos algunos textos que no necesitan mayor explicación (los subrayados son míos).

Vayan a los santuarios *para pecar*... Traigan sus sacrificios... Quemén, para dar gracias, panes sin levadura, y anuncien a los cuatro vientos sus ofrendas voluntarias, *pues eso les gusta a ustedes*, hijos de Israel... No me busquen en Betel... porque Betel será reducida a la nada. Busquen a Yahveh y *vivirán*... *Busquen el bien...*, *para que así Yahveh esté con ustedes* (Am 4, 4-5; 5, 4-6.14-15).

La denuncia radical de Amós llega hasta el extremo de decir que los sacrificios y los diferentes actos de culto cansan a Dios, que su origen no está en Dios mismo, ya que él nunca les pidió en el desierto que ofrecieran tales sacrificios:

Yo odio... sus fiestas... no me molesten con la música ... ¿Acaso me ofrecieron ustedes sacrificios... en el desierto? (Am 5, 21-25).

Isaías, Miqueas, Jeremías y el Segundo Isaías insisten en el cansancio que siente Dios ante los sacrificios, los actos de culto y los ayunos que se hacen para ganar su voluntad, cuando en realidad la vida que llevan (derramando sangre, explotando a los demás, etc.) es lo más contrario a la voluntad de Dios. Veamos cuatro textos significativos:

¡Ya no soporto más sacrificios ni fiestas! ... Cuando rezan con las manos extendidas, aparto mis ojos para no verlos..., porque hay sangre en sus manos (Is 1, 11-15).

¿Aceptaré Yahveh los miles de carneros?, ¿o será necesario que sacrifique a mi hijo mayor para pagar mi culpa... (Miq 6, 6-7).

¿Qué me importa a mí el incienso importado de Saba? Ya no me gustan los holocaustos que ustedes hacen, y sus sacrificios me caen mal (Jer 6, 20).

Según dicen, me andan buscando día a día... Y se quejan: "¿Por qué ayunamos... y tú no lo tomas en cuenta?". Porque en los días de ayuno ustedes se dedican a sus negocios y obligan a trabajar a sus obreros. Ustedes ayunan entre peleas y contiendas, y golpean con maldad... ¿A eso llamas ayuno y día agradable a Yahveh? (Is 58, 2-5).

Relacionada con esta idolatría del culto está la del *templo*. El rey y muchos habitantes de Judá pensaban que por tener el templo ya nada debían temer, ya estaban a salvo. Ante ello, el profeta Jeremías afirma con claridad que no es así, ya que la presencia de Dios en medio de su pueblo está condicionada a que no opriman, no maten, no roben y a que se comporten con los pobres, las viudas y los huérfanos con la misericordia propia de Dios.

No confíen en palabras mentirosas como éstas: ¡Templo de Yahveh!, ¡templo de Yahveh!, ¡templo de Yahveh!... Dejen de oprimir al emigrante, al huérfano y a la viuda. No manchen este lugar con sangre de gente asesinada. No vayan en pos de otros dioses... Pero ustedes se fían de palabras engañosas... Ustedes roban, matan... Y dicen: "¡Aquí estamos seguros!"... Lo que les mandé, más bien, fue esto: "Caminen por el camino que les indiqué" (Jer 7).

Tanto Miqueas, hacia el año 700 a. C., como Jeremías, hacia el año 600 a. C., acaban afirmando que la idolatría del templo —unida a la mentira, la opresión, la violencia y la injusticia— llevará a la destrucción no sólo del templo, sino también de Jerusalén y de su parte más sagrada, Sión. Tan será así, que parecerá que Dios ha maldito a su ciudad y su templo.

Por sus maldades Sión va a quedar como un potrero arado, Jerusalén será reducida a escombros y el cerro del templo será cubierto por el bosque (Miq 3, 12).

Trataré esta casa mía como traté el santuario de Silo, y pondré a Jerusalén como ejemplo: todas las ciudades reconocerán que yo la maldije (Jer 26, 6).

Pues así habla Yahveh: "Corten árboles y construyan un terraplén frente a Jerusalén, que es una ciudad mentirosa y que oprime..., brota de ella la maldad... sólo se oye hablar de violencia e injusticia" (Jer 6,6-7).

b) Monseñor Romero

La idolatría de la religión que tomó diferentes formas en tiempo de los profetas de Israel, ha tomado formas parecidas a través de la historia del cristia-

nismo hasta llegar a nuestros días. El Salvador tampoco ha escapado a dicha idolatría, lo que explica que haya surgido un Monseñor Romero, que la haya desenmascarado y denunciado. Veamos su gran sensibilidad ante el hecho de una religión manipulada y manipuladora.

Lo primero que denunció fue una religión en connivencia y responsabilidad con el pecado de la sociedad, como aparece en un breve fragmento de su homilía del 2 de septiembre de 1979, en el que contraponen las formas externas que se dan en el culto y que él llama *tradiciones humanas*, a lo que es lo más interno del culto, lo que agrada a Dios, lo que hace referencia a la relación solidaria con las viudas y los huérfanos.

Tradiciones humanas son ciertos cultos, ciertas maneras de vestir, ciertas formas de rezar. Busquemos lo que más agrada a Dios, lo que más dice de una religión en medio del pueblo: "Visitar a las viudas y a los huérfanos y conservarse siempre limpio". Esta es la verdadera religión (2 de septiembre de 1979).

Denunció también la religión que aliena y se pone al servicio de la opresión. Así, denunció a personas o instituciones eclesiales que no decían la verdad en los momentos de gran mentira y que no se ponían del lado de los empobrecidos.

La Iglesia en el pasado se orientó hacia unos intereses económicos a los cuales lamentablemente sirvió, pero que fue pecado de la Iglesia, engañando y no diciendo la verdad cuando había que decirla (31 de diciembre de 1978).

Es un escándalo en nuestro ambiente que haya personas o instituciones en la Iglesia que se desprecupan del pobre y viven a gusto (1 de julio de 1979).

En esta misma línea denunció la idolatría de la religión que se da cuando se falsea el culto y la eucaristía, y se convierte, de parte de la Iglesia, en una manera de ganar dinero, y de parte de los que oprimen al pueblo, en una forma de adquirir buena fama, de aparecer al lado de la Iglesia.

¡Qué vergüenza cuando se convierte el servicio religioso en una manera de ganar dinero! No hay escándalo más horroroso (11 de noviembre de 1979).

Parece mentira que se multipliquen las misas sólo para ganar dinero. Se parece al gesto de Judas vendiendo al Señor. Y bien merecía que el Señor tomara nuevamente el látigo del templo... La misa se somete a la idolatría del dinero y del poder cuando se usa para cohonestar situaciones pecaminosas, cuando se usa la misa para hacer ver al pueblo que no hay diferencias con la Iglesia. Y lo que menos importa es la misa, y lo que más importa es salir en los periódicos, hacer prevalecer una convivencia meramente política.

¡Cuánto hemos profanado la eucaristía! (24 de junio de 1979).

2.2. La idolatría de las superpotencias

a) Los profetas

Otro ídolo al que se enfrentaron los profetas fue el de las superpotencias políticas. Efectivamente, el pueblo de Dios fue codiciado continuamente por las imperios, que consideraban aquel territorio muy importante para ellos. En la misma línea, se dio el continuo intento de alinear con alianzas al propio bando a los reinos de Israel y Judá o de intervenir para que la política de dichos reinos les apoyase y fortaleciese. Las razones que movían a las superpotencias eran las de siempre: económicas (materias primas, impuestos, esclavos, comercio), militares (experimentación y comercio de armas) y geopolíticas (lugar de paso, zona de influencia, efecto dique contra la otra superpotencia, campo de batalla para guerrear contra otro imperio fuera del propio territorio).

Los profetas vieron que con frecuencia los gobernantes de Israel y Judá hacían alianzas y pactos voluntarios con dichas superpotencias, dándoles a éstas la categoría de dioses. Desenmascararon entonces las pretensiones de las potencias de convertirse en dioses de los pueblos y denunciaron como idolátricas las alianzas que los gobernantes de Israel y Judá hacían con aquéllas, pues eran como falsos dioses, que no pueden salvar de ninguna manera. Sobre todo, en los casos en que los gobernantes hacían alianzas de modo voluntario (para formar coalición contra otros imperios o reinos, para ser defendidos contra los ataques de enemigos o para recibir su apoyo en golpes de Estado para tomar el poder) recibieron las críticas más fuertes por parte de los profetas, ya que éstos caían en la cuenta y desenmascaraban que con tales pactos las gobernantes del pueblo tomaban a las superpotencias como si fueran dioses, se confiaban plenamente a ellas, hacían con ellas pactos idolátricos vacíos que no llevaban a ninguna parte; sin caer en la cuenta que estas potencias buscaban siempre su propio provecho, se autodivinizaban, exigían una confianza que siempre resultaba falsa.

La crítica a las superpotencias. Varios profetas de Israel y Judá denunciaron la autodivinización de las potencias. Isaías desenmascaró la autosuficiencia, la soberbia y el orgullo del imperio asirio. Lo denunció por no aceptar que era un imperio humano y que, en todo caso, sólo podía llegar hasta los límites que Dios le permitía. Lo denunció también porque, siendo humano, se había llegado a creer dios, siendo hacha había llegado a creerse leñador, siendo instrumento había llegado a creerse señor. Lo denunció, finalmente, porque todo lo anterior lo había llevado a creerse con derecho a la vida de los pueblos y a ser despiadado y cruel con los mismos. He aquí el texto:

El (el imperio asirio), en cambio, no piensa lo mismo, ni lo cree así su corazón, pues su intención es... hacer pedazos numerosas naciones. Dice: "Así como mi mano ha alcanzado los reinos de los ídolos... ¿no seré capaz de hacer lo mismo con Jerusalén y sus imágenes?"... El Señor castigará la soberbia del corazón

del rey de Asiria y la mirada despreciativa de sus ojos. Porque dijo: "Con la fuerza de mi brazo he hecho esto... Yo como soberano hice bajar de su trono a los reyes... Como se toma un nido... me he apoderado de toda la tierra y no hubo quien aleteara ni abriera el pico ni piara". ¿Acaso el hacha se cree más que el leñador, o la sierra, más que el aserrador? ¿Como si el bastón mandara a quien lo usa o el palo moviera al que no es de madera! (Is 10, 5-15).

Con otras palabras, el mismo libro de Isaías vuelve a denunciar la autodivinización del imperio asirio, la gran crueldad e inmisericordia que aquella conlleva, e insiste en el juicio de Dios por el cual el imperio es resituado en su lugar humano, como el de los pueblos restantes.

¿Cómo ha terminado el tirano... su arrogancia! Yahveh ha roto... el bastón de los opresores, que les pegaba a los pueblos con rabia, golpeándolos sin cesar, y oprimía con furia a las naciones, persiguiéndolas sin descanso... Bajo la tierra, los muertos se agitan por ti..., se levantan de sus tronos los reyes de los pueblos... y te dicen: "¡Tú también has sido tirado al suelo y ahora eres igual a nosotros!... ¿Cómo caíste desde el cielo, estrella brillante, hijo de la Aurora? ¿Cómo tú, el vencedor de las naciones, has sido derribado por tierra? En tu corazón decías: "Subiré hasta el cielo..., seré igual al Altísimo". Mas ¡ay! has caído en las honduras del abismo... Los que te ven... dicen al verte: "Este es el que espantaba a la tierra, que hacía temblar a los reinos, que convertía al mundo en un desierto, que destruía las ciudades y nunca abría la cárcel a los presos"... No tendrás la sepultura de los reyes, porque has desolado tu tierra y asesinado a tu pueblo... (Is 14, 4b-21).

Una amenaza parecida contra el tirano extranjero que se ha autodivinizado es la que se recoge en el siguiente texto de Jeremías:

Ya vengo a ti, cerro destructor, que arruinabas la faz de la tierra..., te haré rodar de lo alto de las rocas y te convertiré en un cerro quemado... Serás un montón de ruinas para siempre (Jer 51, 25-26).

La crítica a las alianzas con las superpotencias. Todo lo anterior se refiere a la crítica profética contra las superpotencias y sus continuas tentaciones y caídas en la autodivinización, en la crueldad hacia los pueblos, en la opresión de las demás naciones. Pero también critican las alianzas que los gobernantes del pueblo de Dios hacían con las superpotencias, creyendo que éstas podían ejercer el papel de divinidades defensoras y salvadoras.

Frente a esto, algunos profetas reaccionaron con gran claridad, haciendo descubrir que estas alianzas no sólo no pueden salvar de verdad, ya que se mantienen en el nivel de lo humano, sino que también acaban con las energías y la vida del pueblo de Dios, ya que las superpotencias divinizadas exigen de sus adoradores la entrega total de la vida en beneficio de aquéllas. Los textos hablan

por sí mismos, y no son necesarios muchos comentarios. Veamos, en primer lugar, cómo Oseas trató el tema en profundidad.

Efraím... ha ido a Asiria y ha mandado mensajeros al gran rey; pero éste no podrá sanarlos... Yo, sí, yo mismo lanzaré un zarpazo y huiré... Pero ahora me vuelvo a mi casa, hasta que se reconozcan culpables y vengan a verme, pues en su angustia tratarán de encontrarme (Os 5, 13-15).

Efraím se mezcla con otros pueblos... Los extranjeros consumen sus energías sin que se dé cuenta..., pero no se han vuelto a Yahveh, su Dios, ni tratan... de buscarlo. Efraím es como una paloma tonta y sin juicio, pues o bien llaman a Egipto, o bien parten a Asiria. Pero... yo les pondré una trampa y caerán en ella como las aves del cielo... (Os 7, 8-12).

Como siembran vientos, cosecharán tempestades. Su trigo, si llega a dar algo de harina..., se la comerán los extranjeros. Israel ha sido devorado... Pero miren cómo subió a Asiria llevando regalos a sus amantes. Sin embargo..., pronto los voy a dispersar y dentro de poco no podrán ungir más reyes ni príncipes (Os 8, 7-10).

Efraím... corre tras el viento de oriente, sin cesar multiplica la mentira y la violencia, hace alianza con Asiria y lleva perfumes a Egipto (Os 12, 1-2).

También Isaías reaccionó ante las embajadas enviadas por el rey de Jerusalén para pedir ayuda a Egipto. De qué país se trata, es lo de menos. Lo que se denuncia es que la petición de ayuda se hacía pensando que las superpotencias son dioses, cuando en realidad no lo son y, por tanto, caen.

¡Ay de estos hijos rebeldes, dice Yahveh... que se comprometen con pactos que no les he sugerido, de modo que acumulan así pecados y más pecados! Han partido para Egipto, sin escuchar mis consejos, para pedirle asilo al faraón y refugiarse bajo la sombra de Egipto. Ustedes esperan la protección del faraón, pero serán defraudados y se avergonzarán de haber buscado la sombra de Egipto. Pues... sus embajadores... han traído regalos a un pueblo que no les servirá de nada y que no les conseguirá ni ayuda ni socorro, sino deshonra y malos ratos (Is 30, 1-5).

Jeremías vivió también una época difícil, en la que las diferentes facciones del gobierno de Jerusalén presionaban para que se hicieran alianzas idolátricas, en una dirección u otra. Jeremías desenmascaró la impotencia radical y la capacidad de engaño de todas las potencias para ayudar de verdad.

¿Para qué llamas a Egipto?, ¿acaso te sanarán las aguas del Nilo? ¿Y para qué llamas a Asur?, ¿apagarán tu sed las aguas del río? (Jer 2, 18).

No te des tanta prisa para cambiar tus amistades. Como te engañó Asur también te engañará Egipto. También de ahí saldrás con las manos en la cabeza, porque Yahveh ha rechazado a aquellos en que confías, y no te irá

bien con ellos (Jer 2, 36-37).

Ezequiel, ya en el exilio, en Babilonia, siguió reflexionando sobre la historia de Israel y de Judá, y desenmascaró cómo fueron poniendo su confianza en uno u otro imperio, como si éstos fuesen Dios, cuando en realidad no son más que dioses falsos que exigen las posesiones y la vida de sus adoradores.

Samaría que era mía se prostituyó, me abandonó y se enamoró locamente de los guerreros asirios... Se manchó con ellos... después de haberse enamorado de ellos, se manchó con sus idolatrías. Sin embargo, no olvidó su prostitución con los egipcios; por eso la entregué en manos de sus amantes... Estos la llenaron de vergüenza, le arrebataron sus hijos e hijas, y a ella la mataron a espada (Ez 23, 5-10).

Es verdad que en algunos casos, dado el lenguaje propio de aquel tiempo, los profetas parecen afirmar que Dios aceptaba a los imperios; pero en todo caso ponían para ello ciertas condiciones, como que actuasen como instrumentos, siervos, amigos de Dios. Además, afirmaron que la existencia de cualquier superpotencia siempre será transitoria. En último término, acabaron rechazando los imperios. Y no sólo por sus blasfemias contra Yahveh sino, sobre todo, porque fueron aprendiendo de la experiencia que Dios no quiere, ni puede querer, la opresión que sigue necesariamente a la instauración de cualquier superpotencia.

En la visión de los profetas, lo que Dios no podía soportar de los imperios era su actitud imperialista, su crueldad y su deseo destructor, su sed de poder, su bestialidad y brutalidad, y su carácter idolátrico. Como contraposición, el único imperio aceptado por el profetismo es el del Hijo del hombre: éste destruirá todo imperio e instaurará un reino de fraternidad en la línea de Isaías 2, 1-5, donde se habla de un futuro sin naciones opresoras e imperialistas, un futuro sin fronteras, un futuro en que habrá justicia y solidaridad entre todas las naciones.

b) Monseñor Romero

También Monseñor Romero tuvo que hablar de los imperios, desentrañando cuál es el único papel o función que éstos pueden desempeñar. Afirmó que las grandes potencias deben ayudar a los países pobres, deben ayudar al pueblo pobre dentro de esos países y no deben intervenir en sus propios asuntos internos. Desde esta perspectiva debe comprenderse su famosa carta al presidente Carter ante el apoyo incondicional que éste daba a la junta. En su carta, reafirmaba el derecho de autodeterminación de los pueblos y condenaba

como injusto y deplorable que por la intromisión de potencias extranjeras se frustrara el pueblo salvadoreño, se le reprimiera e impidiera decidir con autonomía sobre la trayectoria económica y política que debe seguir nuestra patria.

Le pido que si en verdad quiere defender los derechos humanos prohíba se dé esta ayuda militar al gobierno salvadoreño (17 de febrero de 1980).

Monseñor Romero desenmascaró continuamente que bajo la apariencia de ayuda al país, lo que se estaba haciendo en realidad era apoyar e incluso intervenir militarmente, aumentando de este modo la represión contra el pueblo pobre.

¿Ya se les olvidaría lo que en su reciente visita pidió el Papa para los países pobres? Estamos hartos de armas y balas... El hambre que tenemos es de justicia, de alimento, de medicinas, educación y programas efectivos de desarrollo equitativo. Si se llegan a respetar los derechos humanos lo que menos necesitaremos serán armas ni métodos de muerte (21 de octubre de 1979).

Si no se cumplen estos prerrequisitos (acabar con la represión y resolver el problema de los desaparecidos), la ayuda que Estados Unidos pueda hacernos militarmente sólo estará reforzando a los opresores del pueblo, aunque sea... armándolos con bombas de gases lacrimógenos y chalecos antibalas. Eso servirá para reprimir con más confianza al pueblo (4 de noviembre de 1979).

Cuánta sangre derramada se hubiera evitado y cuánta justicia social se hubiera conseguido si los intereses de Estados Unidos no hubieran estado unidos a los del proyecto de la oligarquía y sus guardaespaldas, los militares, y, posteriormente, a los del proyecto de la democracia cristiana y ARENA. Es cuestión de aprender para nuestros días.

2.3. La idolatría de las armas

a) Los profetas

No es fácil conocer la postura profética con respecto a las armas, ya que aquéllos vivieron en un ambiente de guerra, en el que Dios mismo era presentado como guerrero, luchando en favor de su pueblo. Lo importante es descubrir la profundización progresiva de lo que significa realmente la fe en el Dios liberador. En la práctica, a lo largo de la historia del profetismo se fue desenmascarando el ídolo de la guerra y las armas. Los pasos fueron los siguientes, que resumimos en dos apartados.

Contraposición de la confianza en las armas y la confianza en Yahveh. Ya en los jueces, su fuerza consistió en dejarse llevar por la fuerza del Espíritu de Yahveh, que los llevaba a mantener unido al pueblo, y no en acumular soldados y armas. Esto aparece con claridad en el combate desigual entre David y Goliat. David le dice a Goliat:

Tú vienes contra mi con la espada, la lanza y las flechas, pero yo voy contra ti en nombre de Yahveh Sebaot... Todos... reconocerán que Yahveh no vence con la espada ni con la lanza... (1Sam 17, 38-54).

Los profetas hablaron continuamente del tema de las armas. Las equipararon a los ídolos a los que se sacrifican las vidas humanas, las desenmascararon como ineficaces para dar seguridad alguna, las vieron como instrumentos que se ponen en contra de aquellos que han confiado en ellas.

Oseas las denunció y amenazó de parte de Yahveh, pues "Israel se ha olvidado de su creador y construye palacios. Judá, por su parte, multiplica las ciudades fortificadas. Pero yo prenderé fuego a sus ciudades e incendiaré sus castillos" (Os 8, 14). Y Dios mismo, por medio del profeta, se dirigió a los gobernantes y amenazó a Israel: "Ya que tú te ufanabas de tus carros y de tu ejército numeroso, reinará la confusión en tus ciudades y serán demolidas tus fortalezas" (Os 10, 13b-14).

Frente a la idolatría de las armas, que no llevaban más que a la perdición y a la ruina, se comenzó a afirmar que el compromiso de Dios para con su pueblo pasaría por una salvación fundamentada en el mismo nombre de Yahveh, su Dios, y no en arco, ni espada, ni guerra, ni caballos, ni jinetes (*cfr.* Os 1, 7b). A este compromiso de Dios, el pueblo sólo podía responder, según Oseas, con el rechazo de toda idolatría, confesando que "Asiria no nos salvará ni confiaremos más en los caballos, ni a la estatua que hicieron nuestras manos volveremos a decirle: 'Dios nuestro'" (Os 14, 4).

También Isaías insistió en la falsa seguridad de las armas y en la incapacidad de éstas para salvar. Poner la confianza en ellas como si fueran dioses, cuando sólo son realidades humanas, únicamente podía llevar al desastre total.

¡Ay de los que bajan a Egipto, por si acaso consiguen ayuda! Pues confían en la caballería, en los carros de guerra, que son numerosos, y en los jinetes, porque son valientes. ¡Por qué... no consultaron a Yahveh?... Pedirá cuenta a la banda de los malvados y el socorro con el que contaban, no llegará. El egipcio es un hombre y no un dios, y sus caballos son carne, y no espíritu. En cuanto Yahveh extienda su mano, vacilará el protector y caerá quien buscaba protección: juntos perecerán (Is 31, 1-3).

El profeta Habakuk, refiriéndose a Babilonia, la desenmascaró como ídolo, y cuestionó que pudiera seguir oprimiendo y masacrando a las naciones por medio de sus armas, a las que adoraba y en las que había puesto la confianza que normalmente se pone en Dios:

Aquél (Babilonia) los pesca a todos con su anzuelo, los saca con su red y los va amontonando con su malla. Feliz y contento por su pesca, le ofrece sacrificios a su red, quema incienso a sus mallas, pues a ellos les debe que haya

pescado tanto y tenga que comer en abundancia. ¿Seguirá, pues, vaciando constantemente su red, masacrando sin piedad a las naciones? (Hab 1, 16-17).

Por su parte, Ezequiel, en el exilio, con la historia de las dos hermanas, recriminó a Samaría y Jerusalén por haberse alejado de Dios en Egipto y por haberse enamorado de los guerreros mesopotámicos como si estos fueran dioses. Les hizo ver que aquellos mismos guerreros y aquellas mismas armas en que habían confiado se les iban a volver en contra.

Había dos mujeres, hijas de la misma madre. Se prostituyeron en Egipto en su juventud. Oholá (Samaría)... se enamoró perdidamente de sus amantes, los asirios... todos ellos jóvenes apuestos y hábiles caballeros... Por eso yo la entregué en manos de los asirios. Estos descubrieron su desnudez, se llevaron a sus hijos e hijas, y a ella misma la mataron a espada... Su hermana Oholibá (Jerusalén) vio esto, pero... se enamoró de los asirios... hábiles caballeros y todos ellos jóvenes apuestos... Vio hombres pintados en la pared, figuras de caldeos... con aspecto de escuderos todos ellos... y se enamoró... Pero después... vendrán contra ti desde el norte carros y carretas... Te opondrán el pavés, el escudo y el casco... (Ez 23).

La utopía de un mundo sin armas. Los profetas dieron un paso más. Prescindiendo de la mayor o menor conveniencia política de confiar o no en las armas, comenzaron a hablar de un futuro definitivo y hacia el cual había que caminar: un futuro sin arma alguna, un futuro que se debía construir con Dios. Así, pues, los profetas afirmaron que la última palabra de Dios es la de una sociedad y una humanidad sin armas. De este modo se refirió el profeta Oseas al día definitivo:

Ese día haré un pacto con las fieras salvajes, con las aves de rapiña y las serpientes de la tierra, para que no le hagan daño. Romperé el arco y la espada, alejaré la guerra de su tierra y haré que la gente duerma segura ahí (Os 2, 20).

También Miqueas pone en boca del Señor "aquel día", último y definitivo, en el que él sacará sus caballos, destruirá sus carros, borrará de su suelo sus ciudades, demolerá sus fortalezas, arrancará de sus manos sus supercherías, arrebatará sus estatuas e ídolos; de este modo ya Judá no podrá prosternarse ante algo hecho con las propias manos (*cf.* Míq 5, 9-12). Lo interesante es que en este texto Miqueas equipara la idolatría de las armas a la idolatría de las estatuas e ídolos.

Contemporáneo de Miqueas, Isaías, cuando intentó hablar del futuro soñado por Dios para su pueblo y para la humanidad —y esto lo hacía en una situación de guerra entre Judá e Israel—, anunció que Dios quebrará la opresión que ejercen unas naciones sobre otras, hará desaparecer ejércitos e instrumentos y enseñas militares, instaurará por medio de un niño un reino de paz y justicia (*cf.* Is 9, 3-6). Y sobre este reino escribió:

Una rama saldrá... Sobre él reposará el Espíritu de Yahveh... Hará justicia a los débiles y dictará sentencias justas a favor de la gente pobre. Su palabra derribará al opresor, el soplo de sus labios matará al malvado... El lobo habitará con el cordero, el puma se acostará con el cabrito, el ternero comerá al lado del león y un niño chiquito los cuidará... El niño de pecho pisará el hoyo de la víbora... No cometerán el mal, ni dañarán a su prójimo en todo mi cerro santo, pues, como llenan las aguas el mar, se llenará la tierra del conocimiento de Yahveh (Is 11, 1-9).

Isaías concluyó la presentación de su utopía sobre el reinado universal de Yahveh sobre todas las naciones desde Sión, diciendo que éstas se regirán por la enseñanza y la palabra de Yahveh y que esto tendrá como consecuencia que las naciones "harán arados de sus espadas y sacarán hoces de sus lanzas. Una nación no levantará la espada contra otra, y no se adiestrarán para la guerra" (Is 2, 1-5).

b) Monseñor Romero

Es casi imposible recoger aquí las numerosas palabras de Monseñor Romero con las que defendió un proyecto popular, salvadoreño, sin intromisiones de nadie, basado no en el poder, ni en las armas, ni en la represión, sino en la justicia social, la reconciliación, la pacificación, la solidaridad. Baste decir que éste es un tema continuo de su predicación y que sigue siendo un reto actual, cuando se sigue idolatrando el ejército y las armas.

2.4. La idolatría de la autoridad, el poder y la fuerza

a) Los profetas

En Israel se absolutizaba continuamente la autoridad, el poder y la fuerza, como si la cohesión y el desarrollo de un país dependiesen de dicha absolutización. La reacción de los profetas muestra hasta qué límites llegaba dicha absolutización y cuán duras eran sus críticas. Nos concentramos en su crítica a la monarquía.

Los profetas afirmaron ininterrumpidamente que la monarquía sólo sería fuente de seguridad si los reyes ejercían el poder como servicio, si ayudaban a la relación con el Dios de la liberación y de la vida, y si velaban para que en la sociedad hubiese justicia y solidaridad.

Oseas recuerda a Israel que Dios, que siempre había sido su socorro, llegó a estar tan aburrido de su pueblo que parecía decidido a destruirlo. ¿Por qué? Porque Israel había puesto su confianza en su rey y sus generales, siendo así que ninguno de ellos tenía capacidad para salvar (*cf.* Os 13, 9-11).

Jeremías, el otro profeta típico del norte, de Israel, también mostró una gran sensibilidad religiosa ante el poder de los gobernantes. Les recordó cuáles eran sus funciones y obligaciones:

Hagan justicia correctamente cada día, libren al oprimido de las manos del opresor... Practiquen la justicia y hagan el bien. Libren de la mano del opresor al que fue despojado; no maltraten al emigrante ni al huérfano ni a la viuda; no les hagan violencia ni derramen sangre inocente en este lugar (Jer 21, 12; 22, 3).

Actuar así era actuar según la voluntad de Dios y según la misión que Yahveh había encargado al rey. Pero estas exhortaciones de Jeremías normalmente no fueron escuchadas por los reyes de Judá. Más bien, con frecuencia, éstos se endiosaron y pretendieron convertirse en señores absolutos. Dejaron de ser servidores del pueblo para ser servidos por el pueblo. En este contexto, Jeremías tiene un texto muy iluminador. Se refiere en concreto al rey Joaquín I, que reinó en Jerusalén entre los años 609 y 598 a. C., en el tiempo del crecimiento del imperio babilonio y, por tanto, de la incertidumbre e inseguridad para el pueblo de Judá. He aquí el texto:

¡Ay de aquel que construye su casa con cosas robadas, edificando sus pisos sobre la injusticia! ¡Ay de aquel que se aprovecha de su prójimo y lo hace trabajar sin pagarle su salario! Tú piensas: "Me voy a construir un gran palacio...". ¿Acaso serás más rey con tener más cedro?... No piensas sino en tu interés, y en derramar sangre, y mantener la opresión y la violencia. Esto sí que te gusta (Jer 22, 13-17).

Pero Jeremías también fue capaz de soñar en el futuro. Y cuando lo hizo, utilizando en una ocasión la imagen monárquica, se atrevió a decir que en los tiempos definitivos las características del reino instaurado por el nuevo David serán la justicia, la prudencia y la paz:

Así dice Yahveh: "Llega el día en que yo haré surgir un hijo de David que se portará como rey justo y prudente. El gobernará este país según la justicia y el derecho. En aquel tiempo, Judá gozará de paz, e Israel permanecerá seguro. Y éste es el nombre que le darán 'Yahveh-nuestra-justicia'" (Jer 23, 5-6).

La verdad es que la monarquía, los que tenían la autoridad y el poder, casi nunca realizaron dicho servicio al pueblo, sino que tendieron a idolatrar el poder y aferrarse a él. Por esta razón surgieron las críticas de los profetas. Pero también sus utopías.

b) Monseñor Romero

Monseñor Romero no tuvo que vérselas con monarquías, pero sí con gobiernos autoritarios y militaristas que, para colmo, no aceptaban los errores cometi-

dos. Sus denuncias contra la idolatría del poder fueron continuas, pues los gobernantes no quisieron llevar adelante las necesarias y urgentes reformas estructurales, violaron continuamente los derechos humanos, reprimieron las justas protestas del pueblo, hicieron capturas ilegales, disolvieron manifestaciones a balazos, hicieron desaparecer y masacraron a quienes consideraban opositores, utilizaron a los militares y los llamados cuerpos de seguridad para producir inseguridad y violencia en la sociedad.

En su homilía del 13 de mayo de 1979, Monseñor Romero se quejaba porque "se cometen errores y no se reconocen". Y el 21 junio de 1979 insistía en la queja por la cantidad de "crímenes que se cometen en nombre de la legalidad" y por la muchas ocasiones en que se atropella impunemente. Pocos días después, lo denunció con más fuerza:

¿Dónde están los desaparecidos?... ¿Cuándo vuelven a la patria los exilados?... ¿Cuándo cesa la tortura y la captura arbitraria?... ¿Cuándo se dará auténtica libertad y confianza a la Iglesia? ¿Dónde están las sanciones a los cuerpos de seguridad que han hecho tantas violencias?... ¿Dónde está la justicia contra esa violencia que ORDEN provoca? (8 de julio de 1979).

Y en esta misma homilía desenmascaraba que la razón profunda de todo ello era la autodivinización y absolutización del Estado: "El Estado se ha convertido en algo absoluto porque no deja ni pensar distinto de como él piensa, y porque está implantada una injusticia social".

En la misma línea añadía en la Cuarta Carta Pastoral que "en nombre de la seguridad nacional se institucionaliza la inseguridad de los individuos" (n. 58). Además, denunció que la absolutización del *dios* poder tiene como consecuencia la represión:

Otra absolutización de los hombres que han perdido la fe en Cristo: la absolutización del poder. Se llega hasta la filosofía de la seguridad nacional, en donde todo se permite por el dios poder... Y ésta es la represión que está pasando en nuestro país: la absolutización del poder (12 de agosto de 1979).

Cuando, después del golpe de Estado de octubre de 1979, los civiles entraron a formar parte del gobierno en la primera y en la segunda junta, Monseñor Romero se mantuvo muy a la expectativa y con una postura crítica. En el fondo, seguía siempre con sus reservas frente al poder y al peligro de su idolatrización. Así, ante las noticias de crueles represiones que le llegaban de todas partes, amenazó y avisó que "no puede estabilizarse jamás un gobierno que, junto con sus promesas de cambio y justicia social, se está manchando cada día más" (20 de enero de 1980). Y en esa misma homilía comenzó a hablar de un poder no divinizado y absolutizado, sino dialogado y consensuado. Hizo, en consecuencia, el siguiente llamado:

Los participantes del gobierno actual tienen que dialogar con las organizaciones populares y demás organizaciones o sectores democráticos y progresistas para que estudien la forma de crear ese gobierno amplio propuesto por las mismas organizaciones populares y algunos ex funcionarios, basado no en las actuales fuerzas armadas, sino en el consenso mayoritario y organizado del pueblo.

Un mes más tarde, con palabras absolutamente claras, se dirigió a la democracia cristiana, presente en la junta de gobierno, pidiéndole que si no era capaz de modificar la trayectoria represiva contra otros proyectos que tenían más en cuenta al pueblo sencillo y a los pobres, se bajase del caballo del poder, desenmascarase lo que estaba ocurriendo y se sumase a quienes querían implantar un gobierno participativo y de consenso que tuviese en cuenta el bien común:

Si la junta y la democracia cristiana no quieren ser cómplices de tanto abuso de poder y de tanto crimen, deben señalar y sancionar a los responsables.

A la democracia cristiana le pido que analice no sólo sus intenciones, que sin duda pueden ser muy buenas, sino los efectos reales que su presencia en el gobierno está ocasionando. Su presencia está encubriendo, sobre todo a nivel internacional, el carácter represivo del actual régimen. Es urgente que como fuerza política de nuestro pueblo vean desde dónde es más eficaz utilizar esa fuerza en favor de nuestros pobres: si aislados e impotentes en un gobierno hegemónico por militares represivos o como una fuerza más que se incorpora a un amplio proyecto del gobierno popular, cuya base de sustentación no sean las actuales fuerzas armadas, cada vez más corrompidas, sino el concepto mayoritario de nuestro pueblo (17 de febrero de 1980).

Por otra parte, Monseñor Romero cada vez vio con más claridad que se alejaban "las posibilidades de generar reformas con el respaldo del pueblo" y se preguntaba:

¿Qué significan estas reformas en el proyecto general del gobierno, que tienen como uno de sus elementos esenciales —hoy a la vista— la represión sangrienta y aun mortal de quienes tienen otro proyecto nacional? (9 de marzo de 1980).

Por eso acabó pidiendo a los que detentaban el poder y que decían tener buena voluntad que "hagan valer su poder o valientemente confiesen que no pueden mandar y desenmascaren a los que están haciendo gran mal al país" (16 de marzo de 1980).

Monseñor Romero denunció con absoluta claridad el poder divinizado de los militares y los cuerpos de seguridad, al servicio de estos gobiernos. Se lo ha acusado de odio hacia dichos funcionarios, pero no es verdad. En sus homilias continuamente los llama hermanos, los exhorta a recuperar la dignidad, los llama a la conversión profunda y al servicio a la justicia y la paz entre hermanos.

En el fondo, los está llamando a dejar de servir al poder divinizado y a ponerse al servicio del proyecto de Dios en favor del pueblo y de los empobrecidos. Para mostrarlo basten algunos fragmentos de sus homilías:

A los cuerpos de seguridad les llamaría yo al sentido de justicia y de fraternidad para todos sus compaisanos, los salvadoreños, para que descubramos la verdad de este episodio tan triste de nuestra historia (11 de noviembre de 1979).

También para los soldados hay llamamiento a conversión. ¡Cuántos dicen hoy: Nada bueno se puede esperar de los militares! Yo creo que aquí está un reto del evangelio de hoy para saber que no hay hombre condenado en vida. Y para todo hombre por más malo que haya sido y por más lastre que haya llevado, existe un llamamiento de Dios a conversión (16 de diciembre de 1979).

En el fondo... me parece que hay una exagerada idolatrización de la Institución misma. Hay que tener en cuenta, queridos militares, que toda institución, incluida la institución castrense, está al servicio del pueblo... Toda institución debe ser susceptible de sufrir cambios según lo exija el bien del pueblo. Y no que —por absurdos cánones de jerarquía— se ahoguen las aspiraciones de un pueblo (6 de enero de 1980).

Creo que este llamamiento de conversión es extensivo a las fuerzas armadas. Las máximas autoridades de esta institución al principio de este año se comprometieron a apoyar el proceso de reforma antioligárquica en beneficio del pueblo. Ya es tiempo, por lo menos hoy en cuaresma, ante los llamamientos apremiantes del evangelio, de poner en práctica ese compromiso de honor, si es que de verdad hay palabra militar. No permitan que la oligarquía los continúe utilizando para defender sus intereses. Garanticen la libertad de expresión, movilización, organización, etc. Y apoyen el que se lleven adelante los auténticos cambios que está exigiendo el país (24 de febrero de 1980).

Monseñor Romero no consideró nunca como perdidos a los militares, sino que les hizo un llamado continuo a que se pusieran al servicio del verdadero Dios, que quiere ser glorificado en la vida de los pobres, abandonando a los dioses del poder oligárquico. Pero esto no impidió su denuncia profética. Por ello quiero terminar este artículo con las palabras más evangélicas y más proféticas de Monseñor Romero. Es el conocidísimo texto de su homilía del 23 de marzo de 1980, que posiblemente provocó de un modo inmediato la firma de su sentencia de muerte por parte de los adoradores del poder:

Yo quisiera hacer un llamamiento de manera especial a los hombres del ejército y en concreto a las bases de la Guardia Nacional, de la Policía, de los cuarteles. ¡Hermanos! ¡Son de nuestro mismo pueblo! ¡Matan a sus mismos hermanos campesinos! Y ante una orden de matar que dé un hombre

debe prevalecer la ley de Dios que dice ¡No matar! Ningún soldado está obligado a obedecer una orden contra la ley de Dios. Una ley inmoral, nadie tiene que cumplirla. Ya es tiempo que recuperen su conciencia, y que obedezcan antes a su conciencia que a la orden del pecado. La Iglesia, defensora de los derechos de Dios, de la ley de Dios, de la dignidad humana, de la persona, no puede quedarse callada ante tanta abominación. Queremos que el gobierno tome en serio que de nada sirven las reformas si van teñidas con tanta sangre.

En nombre de Dios, pues, y en nombre de este sufrido pueblo, cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, ¡les ordeno!, en nombre de Dios: ¡Cese la represión!

Terminamos con esta denuncia de la idolatría. En un próximo artículo analizaremos cómo los profetas y Monseñor Romero denunciaron y desenmascararon el ídolo de la riqueza en sus diversas formas, y como, frente a los ídolos, anunciaron al Dios de la vida.

